

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS.



Cárlos V recogiendo el pincel del Ticiano.

Entre los honores dispensados á las artes y á sus profesores, merecen especial mención los recibidos en todas épocas de mano de los monarcas españoles. Felipe II inspeccionando por sí mismo las suntuosas fábricas elevadas durante su reinado, y conversando familiarmente con los artistas, á pesar de su proverbial rigidez; Felipe IV pintando por su mano la cruz de Santiago en el pecho de Velazquez, y otros muchos rasgos de bondad de varios Príncipes, que pudiéramos citar á este tenor, son buenos testigos de esta verdad. Pero entre todos ellos sobresalen los dispensados por Cárlos V al Ticiano tanto por su magnitud, como por su larga duracion.

Aquel célebre artista, idolatrado en su patria y agasajado durante su larga vida por todos los Príncipes de Europa, (1) que se disputaban la honra de ser retratados de su mano, de ninguno recibió á pesar

de eso mayor cúmulo de honras y mercedes que de aquel célebre monarca. Habiéndole mandado ir por primera vez á Bolonia en 1530, donde habia ido á recibir la corona imperial de manos del Papa Clemente VII, se hizo retratar por él, armado de todas piezas: la perfeccion de aquel retrato atrajo á Ticiano los aplausos de toda la Corte. Mas adelante á su regreso á la misma ciudad de Bolonia, llamó Cárlos V de nuevo á Ticiano, y le mandó hacer su retrato de mayores dimensiones. Por último muchos años despues recibió el Ticiano orden de pasar á España y á la Corte de Madrid, para hacer un tercer retrato de Cárlos V, y pintar al Rey Felipe II. El Emperador colmó entonces al Ticiano de los mayores favores, colocó ventajosamente á sus dos hijos, y le nombró á él mismo oficial ordinario de su casa.

Un dia que se hallaba pintando en presencia del Emperador Cárlos V, y de otros Príncipes y grandes, se le cayó al Ticiano un pincel, y mientras ba-

(1) Véase su biografía en el tom. I del Semanario núm. 9.

jaba la escalera para recogerlo, el mismo Emperador se inclinó y lo alzó del suelo. Admirado el artista de tanta bondad y deferencia, se preparaba á dar las gracias á tan escelso protector, cuando este le interrumpió diciendo: «*Bien merece Ticiano que el César le sirva.*» Este hecho es el que representa el grabado que precede á este artículo, tomado de un cuadro de bastante mérito, que presentó Mr. Roberto Fleury en la esposicion de pinturas de París, en el año pasado.

ALELUYAS FINAS.

Al ver este título creerán nuestros lectores que vamos á darles algun artículo retrasado, que debió salir á luz en la Pascua de Resurreccion, y por no haber tenido cabida en aquella época, sale hoy medio vergonzante para ocupar un lugar cualquiera: queremos sacarlos pronto del error, si tal han pensado, manifestándoles, que no es el presente artículo de circunstancias. En efecto, el asunto de que vamos á tratar puede tener cabida en cualquier tiempo del año, y aun por evitar interpretaciones torcidas, estuvimos tentados á cambiar el título en otro cualquiera, como *vr. gr.* el de *estampillería estranera*, y lo hubiéramos hecho seguramente á no haber temido herir la susceptibilidad de la Academia de la lengua, que no perdona fácilmente, que se introduzcan palabras de contrabando. Con todo confesamos ingenuamente, que nos hacia gracia la palabrilla, aunque no fuera mas que por el final. Hecha esta importante aclaracion vamos á entrar en materia sobre las Aleluyas.

Es el caso, que de algunos años á esta parte han dado *nuestros amigos* en la manía de favorecernos, enseñándonos á estimar algunas cosas de que hacíamos poco aprecio. En efecto, algunos de ellos que se tomaron la molestia de venir á visitar esta parte del Africa septentrional, que llaman España, llegaron á observar que habia en ella algunas pinturas, que *merecian la pena* (tambien esta espresion es de contrabando) de ser miradas, cosa que nosotros ignorábamos como unos badulaques. Como nuestros amigos desean, que se haga el debido aprecio de todas las cosas que tengan algun valor, dijeron sobre poco mas ó menos á varios de aquellos cuadros y pinturas lo que el ladrón al Cristo de los Abogados

Venid conmigo mi Dios,
no estais bien, Señor, aqui... etc.

En efecto cargaron con unos cuantos centenares de cuadros, y dieron fondo con ellos en varios puntos de Europa. Pero como son tan piadosos, que nunca se nos llevan un megicano, sin dejarnos un Luis Felipe, que vale otro tanto ¡quien lo duda! y tiene la ventaja de ser mas bonito dijeron para sí «no es justo que estos pobres africanos se queden con las

paredes lisas, enviémosles estampas con la esplicacion al pie en francés y castellano, y con eso les meteremos la ilustracion por los ojos, que al fin es obra de misericordia enseñar al que no sabe»

Dicho y hecho: agenciaron unos cuantos artistas de los de trompa y talega, que sin duda por su mucho mérito vivian en la oscuridad, les dieron de comer por una temporada, (que tambien es otra obra de misericordia) y quedaron hechas por ensalmo varias colecciones de láminas, que representan nada menos que las hazañas de Guillermo Tell, las aventuras de Don Quijote de la Mancha y Gil Blas, la vida de Sta. Genoveva, la muerte de Ponniatouski, los *fetos* de Napoleon, (hechos querrian decir), la torre de Nesle, Atala y otras varias. Buscaron en seguida algun literato desesperado, que los hay por alli con mas hambre, que raton en boardilla de cesante, y le indujeron ¡Dios castigue tal tentacion! á que tradujera algunos parrafitos del francés al castellano. Hecho esto cargaron con las estampas varias acémilas de dos y de cuatro pies, y las encaminaron á España.

Hay quien dice, que en el camino se encontraron con unos españoles que traian unas magníficas láminas de una obra titulada *España monumental y artística*, las cuales han merecido aceptacion y encomios en todas partes, menos en la tierra de los viceversas. A un mismo tiempo llegaron á la frontera los que conducian estas láminas, y las acémilas cargadas con las estampas francesas de que hablamos arriba. Estas, ó lo que es lo mismo los estampilleros que las conducian, pasaron sanas, salvas é incólumes, como se decia antiguamente, al paso que los de la *España monumental y artística*, tuvieron que dejar sus láminas en la frontera, ó volverse con el rabo entre piernas, mientras que los estampilleros poniéndose el dedo pólce en la punta de la barba les hacian una mueca muy significativa. Esto consiste segun dicen, en que hay una ley que prohibe la introduccion de láminas estrangeras, que traigan el testo en español, cuyo exacto cumplimiento estamos viendo por esas calles y plazuelas. Y como la España monumental estaba trabajada bajo la direccion de artistas españoles, y los dibujos *idem* y el testo *ejusdem de eodem*, así que llegó á la frontera se la dijo, *vade retro*, que son palabras de la Biblia.

Entretanto los estampilleros llegaron á la Corte con sus aleluyas, corrieron las calles, inspeccionaron las paredes, se partieron el sol y la sombra, y sacando unos clavos, que traian á prevencion de su pais, (porque los clavos de España son *pitoyables*) y unos manojos de bramante de la misma procedencia, armaron su tioglado por esas calles, con franqueza. Bien es verdad que estorban y que embarazan el paso, y que la gente ociosa que se detiene á ver sus aleluyas, suele echar á los transeuntes hasta la acera de enfrente; pero como al fin son instructivas, y el adquirir la instruccion causa incomodidad, segun aquello de que «la letra con sangre entra», nada tiene de extraño que nos molestemos un poco á trueque de instruirnos. ¿Y quien no conseguirá esto con la mayor facilidad y

placer (con arreglo al *utile dulci*) leyendo nada menos que un trozo del Ingenioso Hidalgo, con el siguiente purísimo lenguaje?

Las nucas del rico Camacho.

Se les olvidó en Camacho la h, que pusieron de mas en rico, pero ¿quién repara en h mas ó menos cuando están ahí los nuevos ortógrafos, que no quieren dejar una para un remedio?

El texto de las bodas de Camacho dice así:

«D. Quichote el á arribado al momento, que se celebran las nucas de la bela Quiterria: tambien ariva Basilo, quien dice á la desposa *detenervos*: y diciéndoselo él, se arroja dentro de un baston metido en un estoc. El es tenido en los brazos de D. Quichote hasta que la bela Quiterria le dona al mano á sus instancias. Entonces Basilo se tira del estoc manifestando la fraude.»

Ya ven Vds. que despues de este bellissimo trozo, mal año para Solís, ni Fr. Luis de Granada, y aun para el mismo Cervantes.

Si del texto pasamos á considerar el trabajo artístico de las estampas, lo encontramos no menos perverso y disparatado, lleno de anacronismos los mas ridículos, y de los accesorios mas absurdos. El hijo pródigo con frac y guantes amarillos danza en un baile de máscaras; el cura que ayuda á bien morir á Basilio, está con alzacuello á la francesa, melenas y sombrero de tres candiles, Sancho Panza con botas á la sowarov, y Gil Blas con peluca á lo Luis XIV. No parece sino que han copiado los trages de los que figuran en las comedias, que llaman por mal nombre *históricas*

como llaman *rabones* á los mulos cuando no tienen rabos... etc. etc.

(son palabras del célebre P. Isla) que yo aqui mas bien quito que pongo.

No crean Vds. que la peste de tales aleluyas infeste solamente la capital y algunas poblaciones grandes, nada de eso. No hay fonda donde no se tropiece con Guillermo Tell y Ponniatouski, hemos visto el martirio de Sta. Filomena en varias ermitas é iglesias de villorrios y lugarejos, y las aventuras de D. Quichote en mas de una barberia, para que se cumpla el pronóstico de Sancho.

No contentos los estampilleros con regalarnos en aleluyas, colecciones históricas, y retratos verdaderos de Santos y personajes célebres (todos franceses), con mas goma y coloretos que hay en una drogueria, han metido tambien el cuezo en edificios, paisajes y vistas de ciudades, tan exactas que pueden correr parejas con las del Atlante Español por Espinall. Entre ellas merecen especial mencion varias vistas de Madrid que representan la calle Ancha de S. Bernardo, en la cual la casa de la galera está pegando con el Noviciado, (siempre han sido nuestros amigos aficionados á estrechar las distancias), la puerta de Fuencarral, en el acto de entrar por ella las tropas francesas, pero sobre todo una vista del palacio, tan exacta, que por demas tiene el rótulo debajo.—Y ya que hablamos de rótulos, baste decir, que para que

todo sea igual hasta los de cuatro palabras están disparatados. Asi v. gr. uno dice *vista de Barcelona desde la funda de Vista-alegre*, (¿no le vendria mal la funda á Barcelona en algunas ocasiones!) y en otras *visti de la Tuerta de Sevilla*, en lugar de *vista de la Puerta*.

¡Válame Dios! y que cosas se les habian de ocurrir á nuestros amigos si á cualquier español se le escapase por casualidad algun disparate de aqueste calibre, ó aunque fuera menor, segun que son ellos propensos á ver la pajita en el ojo del prójimo. Y nosotros por el contrario somos tan buenazos, que les damos dinero á trueque de disparates y barbaridades. ¡Pobre España chillando siempre por Independencia, y corriendo en pos de bagatelitas estrañas, cambiando el oro por el oropel, los cuadros por los moharrachos, la riqueza por la escoria, las preciosidades reales por los adornos de reiumbron, y á merced siempre de estafadores, petardistas y saltimbancuís! ¡Oh tierra de los Prietos, Selmas y Carmonas, anegada de asquerosos grabados estraños y disparatadas estampas!

Pero nos ibamos formalizando y seria lástima, que concluyera por de *profundis*, lo que principió por *aleluyas*: para evitar esto y no meternos en mas honduras, concluiremos suplicando á nuestros lectores se dignen dar carta de naturaleza entre las castellanas á la palabra *estampilleria*, para significar las colecciones de aleluyas de que acabamos de hablar; y exhortando al mismo tiempo á todos los españoles, que tengan uso de razon, á que se abstengan de comprarlas, siquiera en obsequio de la buena moral; puesto que el gastar dinero en ellas es cuando menos.... pecado de *bestialidad*.

V. DE LA F.

MISCELANEA.

ANECDOTA HISTORICA.

Estando el Califa Amron Aben Lait para dar una batalla, al tiempo que recorria las filas de su ejército sonó un clarín en el campo enemigo, á cuyo sonido principió á correr desbocado su caballo hasta dejarlo en medio de los contrarios. Hecho prisionero el monarca fue entregado á un capitan para que le custodiase, y no habiéndose acordado este de suministrarle ningun alimento, tuvo que reclamarlo el Califa mismo. Entonces uno de los soldados echó un pedazo de carne en un caldero colgado de dos estacas, á cuyo olor acudió un mastin, y sin ser advertido metió la cabeza en el caldero para coger la carne: habiéndose quemado el hocico, echó á huir llevándose el caldero enredado al cuello. Reíanse todos al ver la presa con que huia el perro, abrasándose con el agua hirviendo, y el mismo Amron no pudo menos de soltar una carcajada. Admirado el capitan de verlo reir, manifestó estrañarlo. «Ríome, le dijo Amron, porque esta mañana se quejaba mi cocinero, de que no bastaban 300 camellos para conducir mis víveres y aprestos de cocina, y ahora sobra con un perro para llevarlos deprisa.»

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA FLAMENCA.



(Tomás Moro.—Cuadro de Pedro Pablo Rubens.)

Tomás Moro, Gran Canciller de Inglaterra, nació en Londres en 1480, hizo estudios brillantes en la Universidad de Oxford, entró después en el foro donde adquirió gran reputación, y apenas tuvo la edad señalada por la ley, fue elegido miembro del Parlamento, donde principió haciendo negar un subsidio oneroso que quería imponer Enrique VII. Colocado por Wolsey que le abrió las puertas del Consejo privado, á la inmediatez de Enrique VIII, participó de la peligrosa intimidad de este monarca, fue nombrado tesorero del Echequer, y empleado después con buen éxito en muchas misiones importantes, especialmente en las conferencias de Cambrai. Sus servicios fueron recompensados con el cargo de Gran Canciller después de haber caído en desgracia Wolsey.

Cuando al cabo de dos años dejó Moro sus ele-

vadas funciones, no tenía mas que cien libras esterlinas de renta; su actividad y su celo por la justicia habian sido iguales á su desinterés. Hizo dimisión del gran sello *motu proprio*, y lo hizo persuadido de que las mudanzas emprendidas por Enrique VIII, traerian un rompimiento con la Santa Sede, y que el Gran Canciller tendria que tomar parte en aquella revolucion peligrosa, y ciertamente criminal. No es decir por esto que no desease, como todos los hombres ilustrados, la reforma de los abusos que se habian introducido en el gobierno de la iglesia; pero queria enmendar y no destruir. El fogoso Enrique VIII habia resuelto dar un gran golpe; pero hubiera querido asegurarse el voto de un hombre como Moro, aunque este no fuese ya Canciller. Arrebatado Moro de su tranquila morada de Chelsea, por haberse negado á prestar el juramento de supremacia, fue en-

cerrado en la Torre de Lóndres. Sin que fueran bastantes á conmovérle las lágrimas de su familia, ni la cólera de un Príncipe, que jamás había amenazado en vano, sufrió aquel gran hombre con valor un juicio, cuyo resultado podía preveer, renovó su profesion de fé acerca de la supremacia, que consideraba como contraria á las leyes de la Iglesia y de la Inglaterra, y se dispuso á morir como católico. Le cortaron la cabeza en la plataforma de la Torre en 1535. Nadie vió llegar la muerte con mayor alegría, ni con mas estóica firmeza. Era considerado como uno de los hombres mas amables, y uno de los mejores literatos de su época.

Tal es en resumen la biografía del personage que representa el cuadro que precede. Oigamos ahora lo que sobre el decia el ilustrado Sr. Cean-Bermudez en su descripcion.

«¿Si Tomás Moro fue degollado por conservar la religion católica en Inglaterra el 1535, cómo pudo haberle retratado Rubens, que nació el de 1554? Pudo haber copiado alguno de los retratos que hizo Juan de Holbeen ó Holbein, célebre pintor suizo, natural de Basilea, de su amigo y protector el Canciller Moro, como había antes retratado á Erasmo. En efecto el retrato que pintó Rubens es una copia del original de Holbeen; pero una copia tal vez mejor que el original, pues aunque Holbeen se distinguió en los retratos, fue muy detenido en la ejecucion á la manera alemana; y Rubens al contrario brioso en el estilo y brillante en el colorido. Todas estas y otras señales que le caracterizan, se notan en la copia: y consta ademas que Rubens era muy afecto á las obras de Holbeen, pues decia, que había aprovechado mucho estudiándolas, especialmente la de la Danza de los Muertos, que había pintado en Basilea, antes de ser en Inglaterra el primer pintor del Rey Enrique VIII.

El retrato de Tomás Moro, copiado por Rubens, es del tamaño natural, y algo mas que de medio cuerpo. Figura estar en pie y apoyado con el brazo derecho en un pedestal. Su cabeza no puede ser mas animada, conserva el carácter inglés, nariz larga, nobleza en la frente, con gran vivacidad en los ojos, y está cubierta con una gorra negra de seda: lo demas del cuerpo está adornado con una pomposa toga del mismo género y color, forrada con cebellines pardas, que vuelven sobre los hombros, descendiendo por delante hasta abajo á modo de guarnicion. Las mangas de seda son angostas desde el codo á la muñeca, y de color de guinda. Tiene en las manos un papel enrollado, y en el dedo índice de la izquierda un anillo de su distinguida clase y gerarquía. Asoman en el cuello y muñecas unos restos blancos de la camisa interior, que hacen buen efecto. El fondo del cuadro, que manifiesta ser la pared de la habitacion en que estaba cuando le retrató Holbeen, tiene un esvatumiento en el lado derecho de la figura, que la destaca y realza. Todo muy acordado con apacible tono y armonía.»

Está ejecutado en una tabla de 3 pies y 9 pulga-

das de alto, y de 2 pies con 7 pulgadas de ancho.

Tiene en el Museo Real de Madrid, el número 1515.

EL CERCO DE ZAMORA (1).

Primera parte.

Empos esto, ovo el Rey D. Sancho su consejo con sus ricos omes é con sus caballeros, é con los otros que y eran combatiesen á Zamora; é mandó pregonar por toda la hueste, que se guisasen todos para ir combatir otro dia, é combatieron tres dias con tres noches, e las cavas que eran muy fondas, todas fueran allanadas é derribadas las varvacanas: é firiéronse de las espadas á mantimiente los de afuera con los de dentro; é murieron muchas gentes ademas, de guisa que el agua del Duero toda iba tinta de sangre desde la villa á yuso: é cuando esto vió el conde Don García de Cabra, ovo muy gran-duelo de la gente que se perdie, así, é fuese para el Rey D. Sancho, é besol la mano é dijo: «Señor: mandad que dejen de combatir la villa, ca perdedes mucha de vuestra gente, é tenerla cercada, ca por fambre la tomaredes muy aina.» E el Rey mandó estonces que dejasen de combatir la villa, é que sopiesen quantos omes morian; e fallaron que avien muertos mil é treinta omes, é quando lo oyó con el gran pesar que y ovo, mandó luego de cavo cercar toda la villa en derredor. E combatien la villa muy de recio cada dia, é duró esta cerca muy gran tiempo. E cuenta la historia, que andando un dia el Cid en derredor de la villa, que se falló con trece caballeros, é que lidió con ellos é que mató al uno y desvarató á los otros. Quando D. Arias Gonzalo vió la laceria en la gente que era de fambre, é de mortandad, dijo á la Infanta Doña Urraca: «Señora pidovos por merced, que mandades llegar todos los zamoranos, é que les digades que den la villa fasta nueve dias al Rey D. Sancho, ca por ser leales han sofrido mucho mal é mucha laceria. E nos vayámonos para vuestro hermano D. Alonso á tierra de moros, ca nunca en Zamora moraredes por el mio grado con el Rey D. Sancho.» La Infanta Doña Urraca fizolo así, envió por todos los de Zamora, é díjoles: «Amigos vos avedes estado muy buenos, é muy leales, é sufristes mucha laceria por facer lealtad, é avedes perdido los parientes, é los amigos, é porque yo veo que havedes fecho asaz en esto, mandovos que le dedes la villa al Rey D. Sancho mi hermano de aquí á nueve dias, é yo irme he para mi hermano á Toledo.» E los zamoranos quando esto oyeron, ovieron muy gran pesar, porque tan luengo tiempo habien estado cercados é aora en cavo abien de dar la villa, é acordaronse en uno todos los demas de irse con la Infanta Doña Urraca, é non fincar en la tierra.

(1) Véase el numero anterior.

Quando esto oyó Bellido Dolfo, dijo á Doña Urraca: «Señora yo vine á Zamora desde mi tierra con treinta caballeros todos mis vasallos, quando supe que vos tenían cercada. é servivos con ellos muy bien, loado sea Dios; gran tiempo ha. E de mandevos que me ficiesedes algo así como vos saveis, é nunca me lo quisistis hacer, y áora si vos me lo otorgasedes yo vos tirarie el Rey de sobre Zamora, é farie descercar la villa.» E dijol Doña Urraca. «Vellido Dolfo, decirvos he la palabra que el sabio dijo, que bien cuerda el ome con el torpe é con el cuitado; é vos así faredes con migo, que non vos mando yo que fagades ninguna cosa de mal, mas digovos, que non a ome en el mundo, que á mi hermano tollese de sobre Zamora, é me la ficiere descercar, que yo nol diese que quier que me demandase.» Quando esto oyó Vellido Dolfo, besol mano, é fuese luego para la puerta de la villa é fabló con el portero, é dijol, que si le viese en cuita, que le abriese la puerta de la villa, é diol el manto que cubrie: por ende fuese para su posada, é armóse é cavalgó en su caballo é fuese para casa de D. Arias Gonzalo, é dijol: «Bien sabemos todos, que por que yacedes con Doña Urraca; por eso non queredes que faga presto, nin cambio con su hermano.» Cuando esto oyó D. Arias Gonzalo, pesol mucho de corazon é dijol: «Mal dia yo nasci, quando en mi veiez me dicen tales palabras como estas, é non he quien me vengue del que las dice.» Levantáronse entonces sus fijos, é armáronse mucho aina, é fueron en pos de Vellido Dolfo, que iba fuyendo contra la puerta de la villa. Mas el portero luego vió é abríol la puerta como tenia con el fablado, é el fuese para el Rey D. Sancho é besol la mano, é dijol unas palabras falsas con mentira. «Señor porque dije al conde de Zamora, que vos diesen la villa, quisiéronme matar los fijos de D. Arias Gonzalo, é yo vengo para vos, é fágome vuestro vasallo, é yo guisaré como vos den á Zamora á cabo de pocos dias, si Diós quisiere; é esto que digo, si lo non ficiere que me matades por ende.» E el Rey creyol é resciviol por su vasallo, é honrol mucho, é otro dia de mañana sobió un caballero de la villa en el andamio, é dijo á grandes voces al Rey D. Sancho de guisa que todos lo oyeron de la hueste: «Parad mientes en lo que vos quiero decir. Yo soy caballero fijo-dalgo, é quierovos desengañar, é decir la verdad; si me quisieredes creer, digovos que de aqui de la villa es salido un traidor que dicen Vellido Dolfo por matarvos; digo, que si por ventura vos viniese otro yerro alguno, que non digan despues los de Castiella, que non vos fue antes dicho.» E Vellido Dolfo quando estas palabras oyó, fuese paral Rey, é dijo; «Señor, el viejo de D. Arias Gonzalo es muy savidor, é porque save que vos fare haber la villa, manó aquesto decir.» Pues que esto ovo dicho, demandó por su caballo haciendo semejanza que se querie ir á otra parte, porque le pesaba mucho de aquello que le dijeran, é el Rey travol de la mano, é dijo: «Amigo mio, é mio vasallo,

non dedes por esto nada, que bien vos digo que si gano á Zamora, que yo vos faga en ella mayor, é mejor así como es áora D. Arias Gonzalo.» E Vellido Dolfo besol entonces la mano, é dijol que le diere Dios vida con que le cumpliese.

IVO DE LA CORTINA.

LITERATURA.

ROMANCE INEDITO DE JOVE-LLANOS (1).

Era la estacion ardiente
en que los rayos que agostan
la verde pompa á los prados
con igual fuerza ocasionan
d'irios en las sereras (2)

de los copleros de moda,
quando todo peasativo
allá Antioro á sus solas,
grandes designios revuelve,
que le afanan y acongojan.
Causale al héroe cuidado
ver, que acreditada tropa
de caballeros donceles,
nuevos hijos de Belona,
por oscurecer sus hechos
le retan y le provocan.

¿Qué es esto? dice arrojando
chispas por ojos y boca.

¿Que es de mi valor antiguo?

¿Qué de aquella edad gloriosa

en que mascando asonantes,

como pudieran bellotas,

gané aplausos que libraba,

en mil formidables obras?

Raquel, mi Raquel divina

¿no publica, no pregona,

que puede mi suficiencia

hacer con son de zambomba

de una lamia una heroína,

de un Rey un papamoscas?

Regístrense mis romances

alli hay galas, alli hay cosas

que ni las hará el demonio,

aunque de veras se ponga.

¿Qué abundancia no me debe

la parvulez de mi idioma

si Architectónico vate

le doy tan grandes mejoras?

Persíguenme envidiosuelos

y con voces livorosas,

porque me ven sin camisa,

coplero en pena me nombran.

¿Y qué varones tan grandes

(1) Véase el número anterior.

(2) Huerta en su leccion critica sobre el teatro español empleaba esta voz, que criticaron todos los escritores de aquel tiempo.

son estos que así se arrojan
á aniquilarme? Muñecos,
ignorantuelos, chismosas
sabandijas, poetuelas,
turba ratera y mocosa,
que en los úteros maternos
tal vez yacia, á la hora,
que desde Orán ya sonaba
mi habilidad prodigiosa.
Pues voto á Dios, que es ya infamia
tal sufrir: acabe toda
esta canalla; da un grito
y á su escudero convoca.
Sobre una mesa caduca,
en cuya tabla esquerosa
confusamente mezclados
se ven con un peine la prosa
de un prólogo de comedias,
y una gícara de moscas,
cagana, con tinta y plumas,
una cartera harto rota
que guarda veinte mil cartas,
que al divino dueño elogian:
sobre tan rico bufete
échase de bruces; toma
papel, y un cartel escribe
de cláusulas peremptorias.
Vésle ahí, dice á Pedancio.... (1)
parte; con furia animosa
de copinzuelo á las puertas
clava ese reto, y coloca:
veremos quien es el héroe
de España, quien las lisonjas
ha de deber á la fama,
que estos iniquos me roban.
A armarme voy entretanto
que vuelves: corre; conozcan
que lo que tardo en airarme
es lo que vivir prolongan.
Visteis en noche apacible
de agosto rasgar las sombras
exhalacion fugitiva,
que en claridad vagorosa,
brevemente iluminando
la esfera rápida y pronta
desaparece á la vista,
que apenas de su luz goza?
Tal presurioso Pedancio,
de allí escurriendo la bola
aguija y al punto llega;
tercia la capa y se enfosca;
y blandiendo un venablo
en cuya punta lustrosa
clavado el cartel se ostenta,
con brazo fuerte le arroja;
clávase, y temblando el hasta
gime vibrada, y asombra.
Turba espesa de pedantes
que van á prometer obras

(1) El administrador del Mecenaz.

á aquel sitio, á murmurarse
y á explicarse en gerigonza,
de la novedad llamados
para leer se amontonan
tanto, que el triste Longino (2)
aquel traductor bambolla,
que engalicando la lengua
da robustez á su bolsa,
derribada la peluca
entre el tropel que le ahoga
huyó en calva á refugiarse
en una tienda de aloxa.
Pásmanse de la osadía
del héroe, que en letras gordas,
reta á singular batalla
á cuantos su honor apocan:
uno á uno los espera
desde que en madeja roja
esparció Febo sus rayos,
hasta la siguiente aurora
en que sediento de perlas
de ella el prado la recoja.
Vuela la hazaña inaudita
en la diligente posta
de la fama, y asaltando
la hospitalidad ociosa
de aquel varon, que hacer supo
sabios de burros, y zorras
chisméase la insolencia,
representale la docta
primacia, arrebatada
por las arrogancias locas
de un descamisado Orate.
Suda, brama, se acongoja,
inquiétase, se pasea,
con planta airada las losas
hiere, en el techo la vista
clava, y espresando en prosa
su ardor (porque en él su verso
siempre es frialdad tiritona)
al digno Eleuterio Geta
su escudero semi-mona
que en jactancia, y versos debe
á su amo instruccion notoria
llama con grito espantable
que por las cuadras rimbomba.
Acude y ármame, dice,
ármame; sirvan de cota
cartones impenetrables,
que con engrudada cola
formé de cuatro mil resmas,
que vió estancadas mi solfa.
Por defensa en la cabeza
(débil miembro en mí) acomoda
un millon de versecillos,
que pues mi cabeza propia
les dió, y son ellos mi seso,
defiendan mi seso ahora.

(2) Sempere y Guarinos copiladores de la Biblioteca de escritores del reinado de Carlos III.

Las alimañas diversas
de mis fábulas disponga
tu industria por espaldares,
que un justo ejército importa
filósofos de prestado,
que saben como de gorra,
y porque no ignoran algo
presumen que nada ignoran.
Comerciantes de delirios,
que la razon acogotan,
y que á pesar de Lampillas
todo nuestro saber forman;
compiladores, que venden
el humo de las lisonjas,
y traficantes de pluma
solo al que dar puede, abonan:
censores de obras ajenas,
que hacen perversas las propias,
y dando paso á sandeces,
lo que es provechoso estorvan.

(Se continuará.)

NOVELAS.

AMALIA (1)

(Novela original)

Todo el dia estuvo el Marqués inquieto con tan extraordinaria aventura; formaba en su mente mil congeturas sobre el suceso, y ora creia fuese alguno que casualmente pudo enterarse de su desafio con José, ora algun otro pariente de Amalia que quisiese vengarla: de cualquier modo era preciso ver á aquel hombre, examinar la causa de su visita, y el motivo que tenia para exigir de él una entrevista secreta.

Llegó la hora de la cita, y el caballero no parecia, ya creia el Marqués que no tendria que volver á recordar los desagradables sucesos que habian ocurrido, y que tan cuidadoso le ponian, cuando á poco se presenta en la sala el para él desconocido.

—Temiais ya que no pareciese, y estabais inquieto porque os figurabais que me hubiese olvidado de la cita.

—No tal, esperaba con impaciencia porque deseaba conoceros y saber como habeis podido adquirir las noticias que me insinuasteis.

—¿Yo me conoceis Sr. Marqués? yo hace tiempo que tengo el disgusto de conoceros, y ojalá que jamás hubiese tenido precision de veros; pero cada dia que ha pasado me habeis obligado mas con vuestros atentados á apresurar esta visita.

—Os suplico que antes de hablar nada, me digais vuestro nombre, y qué casualidad os ha hecho dueño de mi secreto.

—Poca memoria teneis Marqués, no os acordais

que eran dos los que os citaban para la puerta de Segovia? no os acordais que dos eran tambien las firmas del billete que os entregaron? uno de ellos se llamaba José hermano de Amalia, el otro Julio y era su amante, el amante que ella habia elegido y que fue despedido á causa de vuestras pretensiones, que ofrecian, sino mas virtud, mas amor y mas dicha, mas oro al menos para la tia, y esto bastaba á sus intentos. Ahora creo no dudareis el objeto de mi venida.

—Comprendo muy bien ya vuestra idea; pero habeis sido poco cauto para lograr vuestros intentos; estoy en mi casa y podria con mucha facilidad deshacerme de vos; mas no temais, solo quiero aconsejaros y haceros renunciar la defensa de una causa que no podeis ganar.

—Delirais Sr. Marqués, creéis que un corazon que solo respira venganza, no precave las asechanzas de su enemigo? estamos solos, pero vos no sabeis que antes que os moviéseis de esa silla para llamar á vuestros criados, ya habriais perecido á el fuego de esta pistola: en cuanto á renunciar á la defensa de Amalia, y á la venganza que tan de veras ansia mi corazon, podeis desechar ese pensamiento. Pensad mejor en poner os bien con Dios y en salvar vuestra alma, que por cierto necesitará grandes esfuerzos para lograrlo. Un solo dia os doy de tregua para ello, mañana uno de los dos habrá dejado de existir.

—Os empeñais en ello? quereis obligarme á cometer otro crimen? quereis dejar enteramente huérfana á la pobre Amalia?

Mucha fuerza hizo en Julio esta reflexion y casi estuvo por ceder de su intento; pero volviendo sobre sí, y recordando su juramento, contestó con resolucion.

—He jurado vengar la deshonra de Amalia, la sangre inocente de su hermano está aun impune y este deber es sagrado. Escusemos pues mas palabras y elegid sitio, armas y hora.

—No os haré esperar mucho, os he querido volver á la razon, pero puesto que son en vano mis reflexiones, acepto vuestro duelo en los términos que gustéis.

—Entre nosotros Marqués, no puede haber duelo sino á muerte.

—Pues bien, mañana á las doce de la noche, junto á la puerta de Segovia. Quiero se cumpla hoy lo que los dos deseabais.

—Armas?

—La pistola.

—Ireis solo?

—Sí, ¿vos lo mismo?

—No tengo quien me acompañe, ni lo quiero.

—Hasta mañana.

—Hasta las doce.

(Se continuará.)

(1) Véanse los números 19, 20, 21, 22, 23, 25 y 26.